

escocesas quedaron casi desiertas; en todos los Estados se establecieron sucursales del apostolado nuevo, en que se trataban todos los asuntos políticos, locales y federales; pronto fueron estas logias un gobierno de hecho que aspiraba á sojuzgar al gobierno complaciente de Victoria. Éste, á pesar del desahogo que el empréstito había traído al erario y del prestigio que le dió la rendición de Ulúa, veía apuntar los días malos: no se había aprovechado, para organizar las rentas públicas, la situación bonancible del erario; se derrochaban lastimosamente los pocos millones de que el gobierno mexicano podía disponer, y, con cortos meses de intervalo, las dos casas que habían contratado en Londres los empréstitos mexicanos se habían declarado en quiebra, cegándose la fuente momentánea de los recursos fiscales. A más de eso, una encíclica del papa León XII condenando la independencia de las colonias había venido á perturbar hondamente las conciencias; mas á pesar de la actitud de Roma, considerando que las facultades que, como se vió en la segunda parte de estos estudios, había concedido la Iglesia á los reyes de España, habían sido heredadas por el Gobierno mexicano, que ejercía en consecuencia el *Patronato*, el ministro de Negocios eclesiásticos intervenía en la administración de la Iglesia; la guerra civil estaba ya en la atmósfera.

Había una especie de ebullición política en todo el país; siguiendo el ejemplo de la capital, en donde dos periódicos, *El Sol*, órgano de los escoceses, y el *Correo de la Federación*, de los yorquinos, combatían encarnizadamente, se fundaban periódicos en los Estados y se improvisaban periodistas y literatos; los Estados concluían sus constituciones particulares, y la lucha entre yorquinos y escoceses traía por resultado que las elecciones removían profundamente á las masas, porque todos procuraban sacar de ellas elementos de triunfo; éste fué un germen de actividad democrática atrofiado después. Los congresos se ocupaban ó en discutir las fases posibles de un *concordato* con Roma, como que en ellos abundaban los eclesiásticos y abogados canonistas, ó por iniciativa del gobierno, en discutir un proyecto de auxilio armado á los cubanos, que según una junta de insulares proscritos, reunida en México, ansiaban por proclamar su independencia; además suspendía las garantías para los ladrones y salteadores, que infestaban los caminos, y para los *facciosos*, lo que era monstruoso. Pero lo que se imponía á todos, por la excitación sistemáticamente fomentada de la opinión, era la *cuestión de españoles*; partidas armadas pedían su expulsión en distintos puntos del país; varias legislaturas la decretaron en sus Estados, y el Congreso (el segundo constitucional, en que dominaba el elemento yorquino) decretó la expulsión de cuantos militares españoles había en el país, de cuantos españoles hubiesen llegado desde 1821 y de cuantos juzgase sospechosos el Gobierno; los demás debían renovar sus juramentos de fidelidad. Los generales Negrete y Echávarri salieron desterrados, grupos de misioneros abandonaron la República, y la consternación dominaba en las clases altas y en las inferiores; pero la burguesía yorquina seguía impávida su propósito. El decreto que se había dado era el extremo que parecían exigir las circunstancias.

Contra esta preponderancia de los yorquinos intentaron los elementos moderados y conservadores, los *escoceses*, una reacción armada (el plan de Montaña), que acaudilló el gran maestro D. Nicolás Bravo y que el general Guerrero hizo fracasar; pedían los reactores la extinción de la masonería, la renovación del ministerio y la expulsión de Poinsett.

Este triunfo definitivo de los yorquinos, los dividió; los que entre ellos querían ir más allá en la cuestión de españoles y de reformas, se agruparon en derredor del general Gue-

rrero; los que creían que era tiempo de detener la revolución, para no hacerla fracasar, proclamaron la candidatura de Gómez Pedraza, ministro de la Guerra, para la presidencia de la República. Era Gómez Pedraza un antiguo oficial realista, adicto luego de Iturbide, cuya caída había producido en él un odio terrible contra los españoles, muy ilustrado, orador notabilísimo y espíritu completamente emancipado; su carácter grave y su talento lo hacían, sólo bajo este concepto, muy superior al general Guerrero, cuyos méritos para con la Patria eran inmensos, pero que por su absoluta falta de ilustración parecía destinado á la tutela de sus partidarios y, sobre todo, la del más activo, inteligente y temido de todos, Zavala. Fué cierto que la presión de los ministros, y aun la del presidente mismo, dieron por resultado que una mayoría de las legislaturas sufragase por Gómez Pedraza; al saber este resultado se pronunció Santa Anna por Guerrero, y éste ha sido el ejemplo que ha abierto en nuestra historia el surco más sangriento. Derrotado y acorralado Santa Anna en Oaxaca, no tenía salvación; pero la revolución había cundido en varios Estados: las milicias locales, que se iban organizando con objeto de resistir á los comandantes militares nombrados por la Federación, se disponían á secundar el movimiento que estalló al fin de México (revolución de la Acordada), organizado por Zavala y acaudillado por Lobato y el mismo Guerrero. Gómez Pedraza y los otros ministros huyeron; Victoria se presentó á los rebeldes como suplicante para evitar desmanes; pero á los mismos jefes de la revolución, aun á Zavala á pesar de su energía, les fué imposible contener á las turbas desencadenadas, que saquearon el Palacio Nacional y la aglomeración de tiendas españolas que se llamaba *el Parián*, en la misma plaza de México. Victoria nombró á Guerrero ministro de la Guerra; el Congreso, violando el sufragio legal, lo declaró presidente y vice al general Bustamante. El sistema federal se había deshonrado, por desgracia.

Hemos sido prolijos quizás en esta puntualización de los hechos que fueron el origen de los partidos políticos que se disputaron luego el poder en interminables luchas civiles; lo hemos juzgado indispensable para comprender su evolución futura, que nos proponemos seguir rápidamente.



D. Manuel Gómez Pedraza

La administración del general Guerrero nació muerta; para poder legitimar su usurpación por medio del asentimiento del país y de la adhesión del ejército, se necesitaba tener un programa muy sencillo y marchar á su realización con una energía y cordura superiores; ni así probablemente habría logrado gran cosa: la transición entre el gobierno colonial y el gobierno propio había sido tan brusca, tan poco preparada por los hábitos políticos y sociales, había removido tanto elemento de desorden y anarquía, había creado tantas energías facticias, sublevado á cada paso tal tumulto de descontentos y encendido tantos odios, que debían pasar años y años antes que el temblor de tierra cesase y la República adquiriese asiento por medio de la transformación radical de su modo de ser económico. El mal estaba en las cosas y era inevitable; para hacerse cargo de la relativa bondad de los gobiernos que se sucedieron en México después del funesto pronunciamiento de la Acordada, es preciso aplicarles este criterio: ¿hasta qué punto aumentaron ó atenuaron y neutralizaron los males de una situación incurable?

La expulsión de los españoles decretada por el Congreso, atroz, innecesaria y absurda bajo el aspecto social (basta pensar en que, por graves defectos que se atribuyan con exageración enfermiza al grupo español, de él venía á la generación siguiente un grupo mexicano), era una suprema imprudencia política, porque se abandonaba un arma que podía contrarrestar todos los fantaseos de reconquista que pudiera acariciar el gobierno español. Después de esta medida, á que se creyó obligado el gobierno de Guerrero como al cumplimiento de un mandato imperativo, la guerra con España, que de hecho no existía, podía darse por segura; y era claro que no triunfaría una invasión, pero era evidente que, para resistirla, la situación financiera, ya desastrosa, se complicaría hasta un grado muy difícil de prever; cierto que el gobierno podría conjurarla por medio de la bancarrota y la quiebra fraudulenta, pero así naufragaría para siempre el crédito de la República y dejaría de ser una entidad apreciable en el progreso de la humanidad.

Zavala, ministro de Hacienda de Guerrero, trazó un plan de reorganización financiera bastante cuerdo, y lejos de engañar al país, como lo había hecho constantemente el ministro de Hacienda del general Victoria, puso de bulto las dificultades casi insuperables de la situación y planteó valientemente el problema; pero el problema financiero no se resuelve definitivamente sin poner en vía segura de solución el problema económico, y éste era una impenetrable tiniebla en que apenas respiraba una sociedad casi muerta. La expulsión de los españoles, la revolución guerrerista y los deplorables sucesos que señalaron su triunfo habían matado de golpe, en los centros mercantiles europeos, toda esperanza de que aquí llegase á organizarse una nación plenamente responsable, y el comercio comenzó á arrastrar una vida precaria entre la exacción famélica del agente fiscal y el contrabando, organizado como una institución nacional. Los explotadores del hambre y la miseria del gobierno vieron el campo abierto, y comenzaron su sencillísimo sistema de sangrías en un organismo anémico, que durante más de medio siglo impidieron andar á la República; la operación típica era ésta: se hacía al gobierno un préstamo de una cantidad pequeña, para el gasto del día siguiente; esta cantidad se entregaba parte (la menor) en numerario y parte (la mayor) en papel de la deuda pública, que se adquiría á ínfimo precio y que el gobierno aceptaba á la par; sobre el total se pactaba un fuerte interés y el reembolso se hacía por medio de órdenes sobre las aduanas, que se vendían á los importadores. El robo, el estrangulamiento eran

visibles, era un escándalo que pronto dejó de serlo, porque sociedad y gobierno se habituaron á esto y se sometieron como esclavos: éste fué *el imperio del agio*, la verdadera forma de gobierno en que tuvo que vivir la nacionalidad nueva con diferentes *etiquetas*: federalismo, centralismo, dictadura.

Zavala quiso luchar por medidas arbitrarias, es cierto, pero necesarias; todo el dinero se escondió; quiso restablecer el crédito en el extranjero, asignando una parte de las entradas á pagar los intereses de la deuda exterior, que no se pagaban: no pudo sostener la medida; lo único bueno que pudo lograr fué la supresión del monopolio gubernamental del tabaco, el *estanco*, que asesinaba en germen uno de los ramos más ricos de nuestra incipiente agricultura. Pero la guerra se vino encima; un cortísimo cuerpo de ejército español desembarcó en la costa oriental, y la República, con mil sacrificios, pudo oponerle un ejército apenas superior; mas hizo un esfuerzo agotante para resistir á un ejército mucho mayor que se suponía vendría en seguimiento de la vanguardia, mandada por Barradas, y los agiotistas, risueños ó irónicos, tomaron de nuevo posesión del ministerio de Hacienda; era preciso vivir, aunque fuera con el dogal al cuello. El aplomo, la inteligencia y el valor sereno y alto del general Mier y Terán, unidos á la temeridad del general Santa Anna, obligaron á capitular á los invasores en Tampico, después de reñidísimos combates en que los oficiales españoles vieron con sorpresa que el soldado mexicano, cuando tiene la convicción (adquirida con maravilloso instinto) de que sus jefes están decididos á pelear hasta morir y le dan el ejemplo, puede equipararse con el primer soldado del mundo.

La antipatía que inspiraba el ministro de Hacienda, á quien se atribuían las medidas violentas y los proyectos radicales, y cuya amistad con el plenipotenciario Poinsett era motivo de odio; el desprecio mal disimulado que inspiraba Guerrero en una sociedad que alardeaba de culta, sin tener de ello otra cosa que *las buenas maneras*; la irresolución de éste y la división entre los miembros del gabinete, imprimían tal sello de debilidad á la situación que ni la victoria de Tampico fué parte bastante á remediarla, á pesar del entusiasmo que causó, pues ella, todos lo comprendieron, marcaba el fin de las tentativas de reconquista española.

Pero dos resultados había producido en el interior la invasión frustrada: la necesidad de agrupar un ejército, en que se acumularon los restos del ejército veterano; la formación de cuerpos de milicias cívicas en los Estados, que daban á éstos pie para considerarse como naciones independientes casi; y en este hecho comenzó á originarse la rivalidad entre la guardia nacional y el ejército, que fatalmente había de llevar á la lucha entre los principios centralista y federalista. El gobierno de Guerrero sintió que la fuerza pública había pasado á otras manos y que hacían más figura en el país los generales Bustamante y Santa Anna que el presidente; para conjurar la tormenta sacrificó al ministro Zavala, dió al señor Bocanegra la cartera de Relaciones y pidió el retiro de Poinsett; mas el partido yorquino, vencido por la rebelión de *la Acordada*, unido al partido escocés y sostenido por todos los elementos conservadores, asfixiaba al Gobierno, que no tenía un centavo y que se moría. A fines del 29 estalló una revolución militar en Campeche que se adueñó pronto de la Península; esta rebelión, nacida del conflicto entre las tropas federales sin sueldo y el gobierno local, que no quería pagar por el gobierno de México, estalló en una orgía de oficiales y proclamó el *centralismo*, cosa singular en un Estado que aspiraba visiblemente á la autonomía, pero que